

Música y Auditorio

Elite

Un auditorio musical es algo realmente interesante para el observador amigo de buscar curioidades psicológicas donde quiera que éstas se encuentren. Recojamos, a vuela pluma, algunas de estas observaciones, ligeramente teñidas de buen humor.

Como en todo, hay música y música. Una obra banal, una música específicamente frívola o vulgar, dividirá a nuestro auditorio en dos campos bien definidos: el de los que gozan, como quien dice, "encantados de la vida" en oyendo ese torbellino de sonidos insípidos, y el de los que no gozan, ya sea que desprecien, ya que permanezcan indiferentes. La razón de esa doble manera de reaccionar ante esta música ligera es tan clara como evidente: los primeros carecen de sensibilidad artística refinada; los segundos son, por el contrario, exquisitos en su sensibilidad musical. Y eso es todo. Por lo demás, no interesándonos esta música, menos nos interesan los comentarios que ella pueda suscitar. Hay, pues, que decir como Virgilio al Dante a la salida de aquella región que precede la entrada al Infierno: "No hablemos de ellos, sino mira y sigue".

Hablemos, sí, de las impresiones que causa en un auditorio variado la música llamada seria. Esta música puede ser antigua o moderna, de escuela clásica, romántica, impresionista... poco importa, siempre que entre en la categoría de música seria. ¿Qué dirán de ella los que no la entienden ni la sienten? Pues, eso mismo: que ni la entienden ni la sienten; a menos que algunos no se atrevan a decirlo por prudente "respeto humano", o que otros—y éstos abundan—digan todo lo contrario, por petulante snobismo.

¿Y los que saben gustarla y apreciarla?

Ah! qué de entusiasmo en ellos y qué de variados matices en sus sabrosos comentarios! Quién se exalta hasta el paroxismo, descubriendo en tales o cuales temas y desarrollos sublimes arcanos, tierras de promisión, parajes encantados y, hasta si es un ferviente beethoveniano, no dejará de hallar hondas revelaciones, "más altas que la filosofía"... etc., etc. Todos estos forman un grupo bastante definido: el de los melómanos o musicómanos, terribles a veces en su elocuencia de apologistas y de fieles servidores "in pectore" del divino arte. Entre éstos los hay a veces que son realmente singulares y hasta divertidos—¿por qué no?—tales y tan inauditos "descubrimientos" realizan en el mágico país de los sonidos.

Una anécdota, a propósito. Cuentan las crónicas chinas que habiendo ido Confucio una vez a pedir lecciones de música al reputado maestro Liang, cayó en una especie de éxtasis al oír la melodía que el incomparable artista le ejecutara sobre una lira. Durante diez días el buen Liang le hizo oír invariablemente la misma melodía al discípulo, el cual, a su vez, se ejercitaba en ejecutarla. Al cabo de este tiempo el sagaz profesor consideró que ya era conveniente cambiar de modo, ejercitando al discípulo en otra melodía.

—Vuestro humilde alumno, replicó Confucio, os ruego le permitáis estudiar algo más este trozo; no basta

ejecutarlo correctamente como alguien que siguiera las líneas de un dibujo sin saber el objeto que tal dibujo representa. Quisiera hallar el sentido de esta melodía, penetrar en la idea del compositor, y confieso que a pesar de mis esfuerzos, no lo he logrado todavía.

—Bien, repuso el maestro; os doy cinco días para aclarar este punto.

Pasados los cinco días, presentóse Confucio de nuevo ante su maestro. Empiezo, le dijo, a distinguir confusamente (o quizá más bien "confuciamente") el alma de esta música, de la misma manera que se ven los objetos mal iluminados cuando todavía yacen en la bruma del amanecer. No ha aclarado aún del todo. Dadme, pues, cinco días más, y si pasado este tiempo no he logrado el objeto que me propongo, me consideraré indigno de ocuparme en lo sucesivo de música.

El lapso le fué otorgado, y cinco días después presentóse el filósofo, radiante de alegría, ante su maestro Liang.

—Hallé al fin lo que tanto buscaba, exclamó lleno de ardor. Soy como un hombre que, habiendo trepado penosamente una escarpada montaña, descubre al llegar a la cumbre todo el paisaje que le rodea. Veo todo lo que contiene este trozo. A fuerza de persistente atención he llegado a descubrir en esta pieza de música antigua la intención del que la compuso. Todos los sentimientos que él experimentó, los experimento yo mismo al ejecutar la obra en la cual él los encerró. Me parece que veo al compositor, que le oigo, que le hablo. Se me presenta como un hombre de mediana estatura cuyo rostro, un tanto alargado, es de un color intermedio entre blanco y moreno; sus ojos son grandes y llenos de dulzura; su actitud noble; su voz sonora; toda su persona respira la virtud y exige respeto y amor. Este hombre es ciertamente el ilustre y sabio emperador Wen-Wang.

Al oír lo cual, Liang, el maestro, se prosternó a los pies de Confucio.

—Es en efecto Wen-Wang el autor de esta música, díjole lleno de admiración; vuestra penetración me asombra y en lo sucesivo no tenéis nada que aprender de mí; sois un sabio y aspiro al honor de contarme entre vuestros discípulos.

Realmente ¡qué singular penetración!!!

Pero, junto a estos exaltados o videntes de la música, cuyo tipo más acabado es, por lo visto, el gran Confucio, existen también los músicos, los simplemente músicos, los que propiamente son del *métier*: compositores, ejecutantes, críticos y demás apóstoles (y hasta mártires) del arte infame. No suelen éstos, por lo general, exaltarse sobremanera, o por lo menos su exaltación no reviste caracteres alarmantes, refugiándose ella toda dentro del sagrado recinto de la psiquis. Y así los veremos escuchar silenciosamente, la cabeza un tanto reclinada sobre el pecho, el ceño ligeramente fruncido, la mirada vaga o gravemente pensativa. Para ellos la música es algo muy hondo, muy especial, casi un asunto de dignidad personal; es, pues,

de rigor el decoro de la compostura. Una leve sonrisa, vagamente expresiva, es lo más que deben permitirse tales personajes, altamente conscientes de todo lo que van diciendo esas vibraciones sonoras que se difunden por el aire encantado. Y en seguida los comentarios, claro está, no ocurrirán sino entre "colegas".

Todo esto es el auditorio, el público, heterogénea masa de individuos, cada uno de los cuales tiene su mundo interior más o menos definido, más o menos consciente que le permite vivir su "momento musical" de una manera propia, personal, independiente.

La sensación musical reviste así multitud de aspectos según la calidad o la preparación de la conciencia que la recibe. Pero de todas estas impresiones, ninguna me llama tanto la atención como la de los incultos o los insensibles que todo lo arreglan, cuando no sienten y mucho menos entienden, con la consabida expresión: "¡Qué música tan rara"! , sobre todo si se trata de música moderna. En cuanto una composición parece alejarse de los sistemas consagrados de armonía, composición e instrumentación más o menos clásicos; en cuanto no se revela fácilmente accesible a la mayoría de los oídos acostumbrados a estas fórmulas y cánones tradicionales, brota en seguida ese estupendo: "¡Qué raro"! —Y en efecto como no sea uno de espíritu "abierto" o de tendencias "vanguardistas", para hablar en la terminología de moda, ¿qué menos que raros pueden parecer esos encadenamientos armónicos y esa sutileza de timbres orquestales de un Debussy, por ejemplo,

o esos ritmos endemoniados de un Stravinski? Y, sin embargo, todo eso no es también más que arte, puro arte musical y del más exquisito que pueda imaginarse, por más raro que lo encuentre el noventa por ciento de los que aguardan pacientemente la inevitable cadencia final del trozo, por cierto muy rara también casi siempre, tan rara como todo el resto. . . .

Raro, rareza. . . . cómodos, en verdad, estos vocablos, para salir del paso cuando se quiere juzgar o calificar sumariamente lo que no se entiende.

Según la capacidad de comprensión con que sepamos recibir las manifestaciones del espíritu, y en particular cuando se trata de la percepción de la belleza en el arte o en la vida, todo nos parecerá más o menos raro, más o menos comprensible.

Ensanchemos nuestro intelecto, dilatemos nuestra sensibilidad, que así, al mirar un poco más allá de la nariz y al sentir con menos egoísmo las pulsaciones de la vida que se agita en nosotros, advertiremos con sereno regocijo cómo la vasta sinfonía de los seres y las cosas se irá haciendo cada vez más sonora a nuestro oído íntimo e iremos descubriendo en ella bellezas que primero nos parecieron rarezas hasta llegar, como aquel sabio filósofo, a penetrar definitivamente el secreto de la antigua melodía. . . .

Juan B. PLAZA.

Caracas, agosto 22 de 1928.

(Para ELITE).